

ORTEGA COMO ESTUDIOSO DE ARISTÓTELES Y LEIBNIZ

Por Javier Echeverría
Universidad del País Vasco

Esta aportación al Homenaje a Ortega no pretende ofrecer un desarrollo exhaustivo de la cuestión planteada en el título, sino que se circunscribirá al comentario del libro «La idea de principio en Leibniz», que considero como una gran obra filosófica, en la que D. José Ortega y Gasset da su talla como pensador. Asimismo pretende ser una aportación a la filosofía orteguiana de la ciencia, uno de los puntos más tratados en estas Primeras Jornadas. Es importante precisar que se considera a Ortega como estudioso de Aristóteles y de Leibniz, y que por lo tanto no se pretende afrontar el propio pensamiento de Ortega. Investigar qué le interesaba a Ortega en Aristóteles y Leibniz, precisar el problema que él supo centrar en la contraposición de ambos autores, puede ser, si lo importante en filosofía son los problemas que se plantean, un punto nada desdeñable para acercarnos a Ortega.

Concurre también en mi interés un tercer factor. Como es sabido, el libro de Ortega quedó inconcluso, y en principio estaba destinado a ser una Introducción a la traducción de una serie de escritos de Leibniz, publicados en las *Acta Eruditorum*, con ocasión del tricentenario del nacimiento del filósofo de Hannover. La edición nunca apareció, y la introducción fue aumentando en volumen hasta que se convirtió en libro en la mente de Ortega. Pese a ello no logró acabarlo y, sobre todo, no llegó a tratar a Leibniz. Al principio del libro se plantea el problema del principialismo leibniziano, pero luego el discurso

se desvía por múltiples vericuetos, sin que se llegue nunca a un estudio sistemático de la filosofía de Leibniz. Hay, eso sí, interesantísimas alusiones de cuando en cuando. Esta especie de destino que acompaña al pensamiento leibniziano, en cuya edición y comentario de textos tantos filósofos se han perdido, como si estuviesen ante un laberinto, es el tercer motivo que contextualiza mi exposición.

Hecho este exordio, imprescindible, pues no me considero un especialista en Ortega, veamos bajo qué perspectiva se adentra Ortega en el pensamiento leibniziano.

Cuando Ortega intenta escribir la Introducción a los Escritos de Leibniz, y a la vez meditar sobre la cuestión de los principios de la ciencia, se ve abocado inexorablemente a hablar de Aristóteles. De hecho, en «La idea de principio en Leibniz» el tema principal es Aristóteles, y se presta más atención a Euclides o a Descartes que al propio Leibniz. En el fondo, Ortega escribió un libro sobre los fundamentos de la ciencia moderna, que le importaba delindar *filosóficamente* de la ciencia clásica, dependiente de los *Análíticos*. La cuestión es importante para la filosofía de la ciencia y, como ejemplo, bastaría con considerar la siguiente pregunta: ¿cabe una ciencia que no esté regida por el principio de contradicción? No, dirán todos ustedes. Y sin embargo en la respuesta hay una petición de principio, pues sólo puede ser acertada si *a priori* vale el principio de contradicción: el principio más firme, por calificarlo en la terminología aristotélica.

Pero cabe continuar con preguntas similares, y es lo que hace Ortega en la primera parte de su obra, antes de insinuar la cuestión de la contradicción y de la equivocidad del ente, fundamento de la necesidad del principio más firme. ¿Es éste el único principio?, ¿qué es un principio científico?, ¿cuáles son los principios de la ciencia? ¿cabe un perspectivismo en este terreno o la ciencia ha de ser una?

Veamos en qué orden se plantea Ortega estas cuestiones, pues la sucesión de las proposiciones dialécticas nos transmite el silogismo de fondo como si fuesen respuestas categóricas. El pensamiento orteguiano del problema estará caracterizado, pues, por ese orden.

Pues bien, hacia la mitad del libro Ortega recapitula su trayectoria de la siguiente manera:

«Este estudio versa sobre “qué es principio”, a fin de precisar qué era para Leibniz. ¿Era lo mismo que para Aristóteles o era cosa distinta? Esta es nuestra sustantiva cuestión ¹.

¹ Ortega, *La idea de principio en Leibniz*, 2.^a ed., Revista de Occidente, Madrid 1967, vol. I, p. 125.

Lo primero es la cuestión del principio, y esta puede ser tratada adecuadamente precisamente si se toma como hilo conductor la contraposición entre Aristóteles y Leibniz. No cabe hablar del principialismo leibniziano, afirma Ortega, sin tratar a fondo la teoría aristotélica de la ciencia. Y ciertamente tiene razón. Hablar de Leibniz es *discernirlo* de Aristóteles. Hay que dar razón de las novedades leibnizianas en el dominio de los principios más generales del pensamiento. ¿Por qué introduce Leibniz principios diferentes de los aristotélicos? ¿Por qué, sobre todo, se basa en una noción distinta de *principio*, que hay que delimitar a partir de la noción aristotélica?

Porque la construcción de los Analíticos, dirá Ortega, y en particular su memorable ejemplificación en una ciencia concreta, es decir los *Elementos* de Euclides, ha pasado a ser insuficiente a partir del descubrimiento cartesiano (y de Vieta) del Algebra aplicada a la Geometría. El genio de Leibniz consiste en haber captado la importancia de la propuesta cartesiana, reformulándola y perfeccionándola a continuación: sistematizándola. Frente a la incoherencia de los géneros, que en matemáticas trajo como consecuencia la separación tajante de la Aritmética y de la Geometría en dos disciplinas escindidas, Descartes va a interrelacionarlas, unificándolas por el método aplicable a ambas y mostrando que, si bien las nociones geométricas pueden no ser aritmetizables, las relaciones geométricas son perfectamente expresables mediante ecuaciones. El progreso posterior de la matemática, como se sabe, permitió profundizar todavía más en esta orientación, descubriendo la fundamentación numérica del continuo matemático en el siglo XIX.

La Geometría Analítica, como luego se denominó, la inició Descartes conforme a un método formulado en las *Regulae* y en la *Geometría* de 1637. La regla que más le interesa a Ortega, aparte de la afirmación de la unidad de la ciencia, es la introducción de símbolos algebraicos para designar magnitudes indeterminadas, lo cual implica un nuevo concepto de la definición. Pues bien, de nuevo fue Leibniz quien captó la gran trascendencia de este nuevo lenguaje científico: la Característica, por decirlo en sus propios términos. Leibniz parte de Descartes para criticarlo y perfeccionar su revolución científica en ambos terrenos: el de los universales (relaciones entre los géneros) y el de la simbolización. Frente a Aristóteles, se inscribe en la corriente cartesiana, desde la óptica de Ortega. Veremos, sin embargo, que esto no implica una renuncia al pensamiento aristotélico, cosa que Ortega apenas subraya. La Combinatoria leibniziana va a ser, por decirlo sucintamente, la intercomunicación sistemática de los géneros supremos, y la Característica Universal comporta la difusión de las notaciones algebraizantes a todos los dominios científicos, con definiciones nuevas en las que las palabras de las lenguas naturales son sustituidas progresivamente por signos inventados *ex professo*

adecuadamente a lo designado. La ciencia no se sustenta ya en el decir o en el predicar, sino en la escritura de signos universales, comunes a todas las naciones.

Ortega no menciona la Característica leibniziana, lo cual parece mostrar, al menos en la obra comentada, un insuficiente conocimiento de los textos, pero en cualquier caso acierta en buena media con sus fundamentos. Volviendo al lenguaje orteguiano, Leibniz es el pensador de los principios, y ello por cuatro motivos:

- «1.º: Es el filósofo que ha empleado mayor número de principios *sensu stricto*, es decir máximamente generales...
- 2.º: Es el filósofo que ha introducido en la teoría filosófica mayor número de principios nuevos...
- 3.º: En sus escritos aduce constantemente uno u otro de esos principios...
- 4.º: (para Leibniz) el conocimiento depende de los principios en un sentido más grave –y más paradójico– de cuanto antes de él se había supuesto»².

Para ratificar estas opiniones, Ortega presenta al comienzo de su libro la siguiente lista de principios esgrimidos una y otra vez por Leibniz como fundamentos del conocimiento:

- «1.º: El principio de los principios.
- 2.º: Principio de identidad.
- 3.º: Principio de contradicción.
- 4.º: Principio de la razón suficiente.
- 5.º: Principio de la uniformidad o principio de Arlequín.
- 6.º: Principio de la identidad de los indiscernibles, o principio de la diferenciación.
- 7.º: Principio de continuidad.
- 8.º: Principio de lo mejor o de la conveniencia.
- 9.º: Principio del equilibrio o ley de justicia (principio de simetría en la actual matemática).
- 10: Principio del mínimo esfuerzo o de las formas óptimas»³.

Ortega, pese a todo, expone una serie de críticas a Leibniz como «principlista», críticas que, sin duda, iban a ser al final de la obra de otros tantos argumentos para mejor precisar el pensamiento leibniziano y distinguirlo del aristotélico.

² Ortega, *O. C.*, vol. I, p. 17.

³ Ortega, *o.c.*, p. 17.

En primer lugar, Leibniz utiliza varias formulaciones para un mismo principio: «parecer jugar con ellos, no tomárselos en serio»⁴.

En segundo lugar, «no los jerarquiza, subordina o coordina»⁵. Ortega critica a Leibniz una falta de ordenación y sistematización en la lista de sus principios, lo cual, en buena medida, es una crítica excesiva, pues Leibniz distingue perfectamente, por ejemplo, los principios válidos con necesidad metafísica (que determinan los mundos posibles) de aquellos cuya necesidad es moral, y por lo tanto inciden en el ámbito de los existentes. En el *Specimen inventorum de admirandis naturae generalis arcanis*, por ejemplo, puede leerse:

«Así, pues, dos son los principios primeros de todo razonamiento: el principio de contradicción, según el cual toda proposición idéntica es verdadera y su contradictoria es falsa; y el principio de razón debida, según el cual toda proposición verdadera que de suyo no sea evidente, admite demostración *a priori*; o si se prefiere, que de toda verdad se puede dar razón, o como se dice vulgarmente, que nada ocurre sin causa. No necesitan de este principio la Aritmética ni la Geometría; pero sí la Física y la Mecánica; de ahí que Arquímedes se sirviera de él»⁶.

Los principios que se aplican a la empiria no son los mismos que los que atañen a las ideas eternas. Pero, independientemente de esta inexactitud de Ortega, lo cierto es que en Leibniz no existe una tabla organizada de principios, sino sólo atisbos de cómo podría elaborarse.

En tercer lugar, «Leibniz insiste una y otra vez en que es conveniente y preciso probar o intentar probar los principios»⁷. Este es el punto fundamental para Ortega: aquél que, lejos de ser al final una crítica, le va a permitir caracterizar el principialismo leibniziano y oponerlo estrictamente al Aristóteles de los *Segundos Analíticos* y del libro V de la *Metafísica*. Para Aristóteles los principios han de ser «verdaderos, primeros, inmediatos, más conocidos que la conclusión, anteriores a ella y causas de ella»⁸. A continuación el Estagirita precisa que han de ser «indemostrables»⁹, o, como Ortega traducirá, partiendo de terminología escolástica, «evidentes por sí mismos (*per se notae*)». Traducción no muy fiel al pensamiento de Aristóteles, pero enorme-

⁴ *Ibid.*, p. 18.

⁵ *Ibid.*

⁶ Leibniz, *Philosophische Schriften*, ed. Gerherdt, vol. VII, p. 309. trad. Soriano Gamazo en «Verdad y libertad», Ed. Universitaria, Puerto Rico 1965.

⁷ Ortega, *o. c.*, vol. I, p. 19.

⁸ Aristóteles, *Segundos Analíticos*, I, 2, 72 a, 20-22.

⁹ *Ibid.*, 27.

mente reveladora del objetivo que pretende atacar Ortega: la evidencia como criterio epistemológico.

Frente a Aristóteles, en la perspectiva orteguiana, aparece Leibniz. De hecho, es totalmente cierto que Leibniz criticó la obra en la que mejor se plasma la concepción aristotélica: los *Elementos* de Euclides. La falta de rigor en la asunción de los axiomas y postulados le llevó a Leibniz a intentar demostrar todos y cada uno de los mismos: por ejemplo, ya desde 1672, el principio según el cual «El todo es mayor que la parte»¹⁰. Parecería que Leibniz, en tanto racionalista consecuente, está convencido de que todo cuanto haya podido formularse categóricamente por medio de palabras con sujeto no idéntico al predicado es demostrable *a fortiori*. Precisamente en esta pretensión omnidemostrativa, y en los supuestos gnoseológicos que comporta, va a encontrar Ortega un principalismo (una teoría de la ciencia) totalmente diferente de la aristotélica.

Veamos de qué manera.

* * *

Leibniz es heredero de una tradición y sus concepciones no pueden ser entendidas más que en ese contexto de crítica (y de asunción, en el caso de Leibniz) a la ciencia tradicional. Por eso Ortega emprende un largo recorrido histórico antes de llegar a Leibniz. Pese al interés de este estudio, no exento de alusiones muy sugerentes relativas a la ciencia del siglo XX, voy a prescindir de esta fase de su libro, limitándome a resumir la síntesis que el propio Ortega hace en los párrafos 12 y 13 (La prueba en la teoría deductiva según Aristóteles y la estructura lógica de la Ciencia de Euclides, respectivamente) de la ciencia deductiva euclideo-aristotélica.

En esta teoría deductiva, el modo de pensar científico es un pensar por géneros y especies. La lógica de términos, y su estructuración, determina considerablemente las formas válidas del razonamiento científico. Cada disciplina está caracterizada por un término genérico (el número en la aritmética, la magnitud en Geometría) a partir del cual se definen por especificación las nociones y objetos propios de dicho dominio científico:

«La definición, pues, *engendra el concepto de la cosa*, precisando los componentes de aquel. Estos son, a su vez, conceptos; de modo que la definición no hace sino transferirnos a otras defini-

¹⁰ El manuscrito inédito «*Demonstrationes Geometrarum in primis Elementis non satis severas esse*» (L. Hd. XXXV. vol. 1, Nr. 4) es revelador por su título y por su contenido de esta manera de pensar de Leibniz, constante, por otra parte, a lo largo de su vida.

ciones hasta que llegamos a unas últimas que se limitan a nombrar los elementos intuitivos últimos. Así la del triángulo nos transfiere a las de figura, ángulo, línea recta, línea y punto»¹¹.

Dar una definición del triángulo (como la que Ortega atribuye a Euclides: «triángulo es la figura formada por tres rectas que se cortan dos a dos») implica remitir el triángulo a un género (las figuras formadas por tres rectas), que a su vez nos lleva a «figuras rectilíneas cerradas», a «figuras rectilíneas» y finalmente a «figuras», pero siempre mediante la relación género-especie. La diferencia del triángulo estriba en ese «cortarse dos a dos» que le especifica dentro de un género.

Definir adecuadamente permite, a continuación, hacer demostraciones válidas, pues las propiedades de los sucesivos géneros y subgéneros del triángulo le son aplicables a este tipo de figura como teoremas. Estos se obtienen simplemente mediante silogismos categóricos cuyas premisas mayores son las propiedades genéricas, en base a la transitividad de la predicación entre especies y géneros.

La prueba aristotélica precisa de la definición porque ésta, al descomponer al objeto en sus términos (o requisitos, como dirá Leibniz), permite atribuirle demostrativamente cuanto se diga de esos requisitos suyos. Como consecuencia, la verdad de la conclusión no se demuestra en la prueba aristotélica, sino que se refiere a la verdad de premisas más generales, que a su vez habría que demostrar. Como dice Ortega:

«somos siempre transferidos a una verdad antecedente. Con lo cual nos hallamos antes estas tres posibilidades: primera, que el regreso hacia atrás y hacia arriba no termine, sino que una proposición nos transfiera a otra, y esta a otra, y así indefinidamente; segunda, que al llegar a una proposición anterior resulte que esta se prueba por otra posterior (sería la demostración circular); tercera, que lleguemos al cabo de un número finito de pasos mentales a una o varias proposiciones que no necesitan prueba y, sin embargo, sean verdad»¹².

Las dos primeras vías de fundamentación de la ciencia son imposibles «en este modo de pensar», subraya Ortega: sólo la tercera ofrece una solución. De ahí que para Aristóteles sea necesario postular, como fundamento de cada una de las disciplinas científicas, ciertas proposiciones «que no se pueden probar, que son verdaderas *per se notae* o evidentes»¹³.

¹¹ Ortega, *o. c.*, p. 101.

¹² Ortega, *o. c.*, vol I. p. 114-115.

¹³ *Ibid.*, p. 115.

En la teoría deductiva clásica hay, por lo tanto, dos tipos de verdades: unas proposiciones son verdaderas por sí mismas y otras lo son por demostración a partir de las primeras. Para Ortega esto es un grave defecto del aristotelismo, pues entonces:

«probar es sólo una forma secundaria y derivada del pensar la verdad de otra originaria y más propia, que es la contraria que probar, y que llamaremos *evidenciar*»¹⁴,

o más adelante:

«el pensamiento con que se piensan las proposiciones primeras no razona, es irracional por tanto, y cuando menos ilógico»¹⁵.

Frente a Aristóteles, Leibniz aparecerá como el filósofo racionalista por excelencia, para el cual pensar es probar, y sólo eso. Probar o más bien calcular, cabría añadir, pero Ortega no incide en esta vertiente del pensamiento leibniziano.

No es éste el único defecto de la ciencia tradicional. Uno segundo, muy grave, estriba en que así como la especie remite necesariamente al género, el género no remite necesariamente a sus especies. Dado un género no podemos *deducir* cuáles (ni cuántas) son sus especies. «*En este modo de pensar, la especie es algo nuevo con respecto al género. Para tener su concepto hay que salir del concepto genérico y añadir algo en él imprevisto*»¹⁶.

El aristotelismo no es plenamente deductivo, sino que, a la hora de determinar cuáles son las especies de un género, se deja guiar por la intuición¹⁷. Para llegar al triángulo, al concepto ángulo hay que añadirle una intuición nueva que cristaliza en un nuevo concepto:

«Si del concepto genérico 'ángulo' pudiéramos, sin hacer intervenir ninguna nueva intuición, deducir o derivar —esto es, formar— el concepto 'triángulo', tendríamos una deducción *sensu stricto*, una pura operación analítica entre conceptos, y por tanto, una operación puramente lógica. Habríamos deducido la especie del género. Pero *en este modo de pensar, la especie no se puede deducir del género*»¹⁸.

Es el segundo y grave defecto de la ciencia aristotélico-euclidiana. Aunque Ortega no lo dice, conviene subrayar que también es este punto Leibniz tiene claras las vías de solución para construir una teoría deductiva estricta que, como es sabido, no va a ser en último término sino la creación del mundo

¹⁴ *Ibid.*, p. 116.

¹⁵ *Ibid.*, p. 116.

¹⁶ *Ibid.*, p. 110.

¹⁷ *Ibid.*, p. 110.

¹⁸ *Ibid.*, p. 111.

por un Dios que «al calcular y ejercer su pensamiento, hace el mundo»¹⁹. La Característica leibniziana es combinatoria precisamente para deducir las especies a partir de los géneros (que Leibniz llama términos simples). Combinando los unos con los otros de todas las maneras posibles (sin distinguir diferencias y géneros en este proceso de *cogitatio caeca* que es la Combinatoria) se obtienen todas las especies posibles. En Geometría, por ejemplo, la Característica ha de ser capaz de engendrar todas las nociones geométricas posibles (y no sólo las euclídeas), aparte de demostrar los teoremas correspondientes.

Pero dejemos este punto, y quede lo anterior a título de inciso, porque Ortega no entra en la cuestión, acaso por pensar que Leibniz rechazó como inválida la estructura de la lógica de términos aristotélicos, cosa que no es cierta.

El va a señalar nuevos defectos en la teoría clásica de la ciencia, y entre ellos uno gravísimo: la incomunicación de los géneros. Como consecuencia de esta insuficiencia epistémica, brotará un cuarto defecto, plenamente corregido por Leibniz:

«en este modo de pensar tradicional la ciencia *necesita* muchos otros principios —que, sin embargo, no son primeros o máximos— y que *esto* es lo que lo diferencia del modo de pensar leibniziano, es en cierto modo la sustancia toda de este estudio»²⁰.

Como ya se señaló, fue Descartes quien corrigió el tercer defecto de la teoría aristotélica: Ortega dedica todo un apartado (22) al análisis del tema de la incomunicación de los géneros. Afirmar la unidad de la ciencia constituye, en Descartes, el principio mismo de las *Regulae*. Con ello se inicia el vuelco o revolución científica de los modernos, del que Leibniz será el más egregio exponente a la hora de extraer las conclusiones de esa afirmación de una *Mathesis universalis*.

Ortega critica enérgicamente la incomunicación de los géneros. En el caso de las matemáticas, este defecto provendría de que los conceptos aristotélicos de número y de magnitud han sido obtenidos partiendo de las cosas sensibles, «por abstracción comunista», como gusta decir. El Ser, para Ortega, puede estar «pluscuampróximo a la sensación», en frase de Aristóteles, pero eso no significa que esté en la sensación. La búsqueda platónica del Ser por la vía que más se aleja de la sensación (hacia el cosmos noético) le parece a Ortega, en cambio, una de las mayores invenciones del ingenio humano. En cualquier caso, toda esta crítica le permite encontrar el otro gran principio aristotélico, nunca explicitado por el Estagirita:

¹⁹ Leibniz, *o. c.*, GP VII, p. 190.

²⁰ Ortega, *o. c.*, p. 118.

«La tesis según la cual en los fenómenos sensibles encontramos la auténtica Realidad es, junto al principio de contradicción, el otro gran principio de Aristóteles que en ninguna parte formula especialmente y menos analiza y discute»²¹.

En esta fase de su obra Ortega se adentra en uno de los problemas filosóficos más importantes del aristotelismo: la cuestión categorial. El Ser no es el género de las Categorías y, si se dice de ellas, es por analogía:

«El carácter comunísimo de este (el Ente en tanto ente) debía hacer de él un concepto generalísimo. Mas aquí vienen el azoramiento de Aristóteles y los tártagos que ha hecho pasar a los Escolásticos. Porque la relación entre el concepto de Ente y las cosas de quienes se predica es sumamente rara y para ellos incomprendible»²².

Paralelamente al problema del Ente, surge el de la Nada:

«la Nada es un monstruo lógico; es un predicado que no tiene sujeto. Por supuesto, como el Ente es otro monstruo, porque es un sujeto que no tiene auténtico predicado»²³.

La fundamentación que los lógicos modernos hacen del concepto de número y de la teoría de clases, es decir del nuevo *Organon* de la lógica matemática, a partir del conjunto vacío, le permitirá a Ortega subrayar todavía más las diferencias entre la ciencia clásica y la ciencia moderna por sus tratamientos a este tipo de problemas.

Las críticas de Ortega no se paran aquí. Vimos que el género no puede ser principio de las especies. Esto, junto con la incomunicación de los géneros, obliga a las especies a ser «principios de sí mismas»²⁴:

«Resulta una paradoja congénita a este «modo de pensar» que sus principios generales no sean genéricos, sino lógicamente específicos, y además que no sean generales o propiamente comunes»²⁵.

Esto da lugar a que «en el modo de pensar aristotélico-escolástico las ciencias comienzan con principios específicos que cierran a cada una en sí, la incomunican de las colaterales y la descoyuntan por arriba de cualquier otra ciencia que pudiera parecer más general»²⁶.

La ciencia se escinde en disciplinas aisladas, las filosofías segundas, que

²¹ *Ibid.*, vol. II, p. 34.

²² *Ibid.*, vol II, p. 38.

²³ *Ibid.*, p. 39.

²⁴ *Ibid.*, vol. I, p. 161.

²⁵ *Ibid.*, p. 162.

²⁶ *Ibid.*, p. 162.

sólo a través de la filosofía primera podrían encontrar conexión. Paralelamente, y al plasmarse institucionalmente esta teoría de la ciencia, las Facultades se escinden en compartimentos-estancos. El problema de la interdisciplinariedad, vital en la organización científica actual, es correlativo de la tentativa de intercomunicar los géneros, iniciada por Descartes y continuada por Leibniz y otros muchos.

Tal es la visión orteguiana del problema. Con una precisión adicional: tampoco la filosofía primera, al menos tal y como la concibe Aristóteles en la *Metafísica*, comporta una reflexión sobre los principios, pese a que, conforme a la teoría de la ciencia de los *Segundos Analíticos*, la filosofía primera debería tener como objeto prioritario los principios de las filosofías segundas (o ciencias particulares), precisamente para fundamentarlos. Aristóteles, de hecho, sólo habla del principio de tercio excluso y del de contradicción y, desde el punto de vista de Ortega, el tratamiento que ofrece resulta muy insuficiente. El libro IV de la *Metafísica* (libro I) propone al principio de contradicción como el principio más firme, como el principio por excelencia, porque –subraya Ortega– con respecto a él es imposible padecer error: es necesario, el mejor conocido y no hipotético²⁷. Lo que nunca aparece en Aristóteles es una consideración de los restantes principios, ni mucho menos una deducción de los mismos a partir del principio de contradicción.

De ahí el interés orteguiano por el principialismo leibniziano, tomando a Leibniz como contrapunto de Aristóteles, pues él sí que afrontó este importante problema, indispensable para la fundamentación del conocimiento científico. La lista de los principios leibnizianos, la aplicación de los mismos al razonamiento concreto y los intentos de demostrar unos principios en función de otros son, para Ortega, otros tantos argumentos favorables a un Leibniz «pensador de los principios». Y ello pese a las críticas que constatamos.

Si pasamos ahora, para terminar este breve estudio, a resumir la posición de Ortega con respecto a Leibniz, hay que subrayar que en «La idea de principio en Leibniz» tampoco se ofrece una consideración sistemática del tema abordado. A Ortega, en cualquiera caso, le parecen claves las tentativas leibnizianas de demostrar los principios. ¿Por qué?

En su comentario al libro I de la *Metafísica* Ortega encuentra una tentativa de Aristóteles de demostrar, *malgré lui*, el principio de contradicción²⁸. Lo que le interesa de esa «demostración» estriba precisamente en su carácter metademostrativo, si se me permite la expresión. No se demuestra que es ver-

²⁷ Ortega, o. c. vol I, p. 236-237.

²⁸ Ortega, o. c., vol. I, p. 236-239.

dadero, sino que es principio, y precisamente el más firme, el más seguro. Ello se logra mediante sus propiedades como principio (su caracterización metalógica, diríamos): el mejor conocido, al par que necesario y no hipotético.

Como bien observa Ortega, lo que Aristóteles prueba en este pasaje (1005b 14 y sig.) es que el principio de contradicción es primero en el orden del conocer, pero no en el del ser. «Es *principium essendi* porque queda probado como *principium cognoscendi*»²⁹. Ciertamente es que esto no vale para la teoría clásica de la ciencia, pero a Ortega le parece de gran importancia, precisamente porque se anticipa ya, en el seno mismo de la teoría deductiva aristotélico-escolástica, a lo que será la clave de la ciencia moderna y, más en concreto, del principialismo leibniziano. Los principios son tales en el orden del conocer, no en el del ser. Una proposición es *máxima*, es principio primero, porque no hay ninguna anterior que le anteceda y porque de ella, en cambio, se siguen numerosas proposiciones verdaderas. Los principios no son evidentes por sí mismos, sino que son principios relativamente a un sistema de proposiciones que se prueban a partir de ellos.

Pues bien, Ortega encuentra en Leibniz precisamente esto: la tentativa de demostrar todos los principios equivale a cambiar la noción de principio, a afirmarlo como relativo, a caracterizarlo como máxima por su función o lugar en el orden deductivo, pero no por su contenido. Los principios leibnizianos son los predicamentos de la verdad que el filósofo de Hannover indagó desde niño. Son las hipótesis primeras, entendiendo hipótesis en el sentido platónico de la palabra: «es preciso intentar demostrar los principios. Claro está: para que dejen de serlo en el sentido de verdades *per se notae*. Y esto, precisamente, es lo que dice Leibniz»³⁰.

La teoría deductiva clásica «consistía en deducir proposiciones partiendo de principios cuya verdad es evidente»³¹. La leibniziana no acaba de quedar explicitada, pero sabemos como mínimo que los principios no son primeros (o máximos) por sí. Lo son porque permiten derivar, probar. Son los fundamentos de un cálculo de derivación de consecuencias que, además, da razón de lo que es.

Ortega trata de ejemplificar en Leibniz sus propias tesis, aunque su interpretación del pensamiento leibniziano tampoco resulta excesivamente deformadora: le faltan, eso sí, matices importantes, pues el cálculo leibniziano es, además, ontológico, cuando el Calculador es Dios. Como dice Ortega:

²⁹ *Ibid.*, p. 237.

³⁰ *Ibid.*, p. 223.

³¹ Ortega, *o.c.*, p. 124.

«El concepto propio de principio tiene que ser el principio en el orden del conocer. Del sentido que allí tiene procede el que tiene en el orden del ser. Afirmar con respecto a la noción de principio la precedencia absoluta del *ordo idearum* frente al *ordo rerum* no implica idealismo alguno»³².

El cartesianismo queda así matizado. Pero, ¿se está hablando con ello de Leibniz?

Es difícil determinarlo pues, si bien Ortega llega a precisar lo que es un principio y a distinguir a Leibniz de Aristóteles, lo que nunca ofrece es un tratamiento del principialismo leibniziano. Aquello mismo que criticaba a Leibniz al comienzo de su obra le puede ser imputado. Promete, por ejemplo, un capítulo sobre el principio de óptimo, pero éste nunca llega a insertarse en el interior del libro: quedan, eso sí, las observaciones que hace al respecto en su conferencia sobre «El optimismo en Leibniz». ¿Pero qué decir del principio de razón suficiente o del principio de los indiscernibles?

Dos palabras en esta dirección, para concluir. Leibniz concibe la realidad como pensamiento, y las apariencias (sensaciones, sentimientos, etc.) como signos de las cosas: nunca como las cosas mismas. La ciencia ha de usar signos más exactos, hasta lograrse constituir en puro cálculo, o Característica. Esa Característica, además, debe ser válida para cualquier orden en el que se puedan acoplar los signos de las cosas, y por ende las cosas. Es un instrumento de intelección de los mundos posibles, y no sólo del existente. La Característica es el cálculo (o prueba) de la realidad. Es el *Organon* en torno al cual se cifra la teoría leibniziana de la ciencia. Criticar los axiomas, demostrar los principios, inventar nuevas definiciones, experimentar, construir nuevos aparatos de medición y de observación, escribir los resultados de las investigaciones, son otros tantos modos de probar la realidad, de razonar sobre ella: de explicar por qué es (dar razón de su existencia frente a los mundos posibles) y de por qué es como es.

Leibniz no es un convencionalista en el sentido de Poincaré, autor éste que, a mi modo de ver, debió de influir considerablemente en las concepciones orteguianas de la ciencia. Pero, en tanto estudioso y comentarista, Ortega fue lo suficientemente perspicaz como para apuntar los temas fundamentales de la filosofía leibniziana de la ciencia. Y aún para entender, pese a las deformaciones que induce la reducción de los principios a la evidencia, la teoría aristotélica de la ciencia.

En uno y otro caso, si hacer filosofía es plantear problemas, como afirma

³² *Ibid.*, p. 219.

Ortega, no cabe duda de que «La idea de principio en Leibniz» ha sabido señalar una cuestión fundamental para la intelección del aristotelismo, del leibnizianismo y, lo que es más, de la transición de la ciencia clásica a la ciencia moderna. En ese sentido la obra de Ortega merece este homenaje.

Abril 1983